

# LA DESAPARICIÓN DE FRANCISCO JAVIER

**Wilber Bustamante del Castillo**

*Presidente de la Corte Superior de Justicia de Cusco  
Asesor de la Revista Jurídica YachaQ*

**F**rancisco Javier López de Arrisueño, era poseedor de un apellido de abolengo y de un Volkswagen al que, con inusitada rapidez, se subían casi todas las chicas de la Facultad y mostraban cierta dificultad para bajarse, en especial cuando se quedaban a solas. En realidad, cuando ingresamos a la Universidad, casi todas ellas morían por Francisco Javier, por sus pelos ensortijados y castaños, su porte atlético, su dinero y, sobre todo, porque provenía de una estirpe aristocrática, a punto de venir a menos.

Yo era amigo de Francisco Javier.

No sé si deba jactarme de esto; pero, Francisco Javier podía contar conmigo en las buenas y en las malas. No parecía tener recelos en contarme sus dilemas personales, sus dificultades amorosas en el asiento posterior del Volkswagen; además de los continuos conflictos con su padre. En cualquiera de estos casos, sin importar que pudiera despertar a medio mundo, no dudaba en llamarme por teléfono a la hora que fuera, principalmente en la madrugada.

- Mi viejo es un perverso –decía- y mi madrastra, la negra culona, es una puta que solo esta interesada en su plata.

Al comienzo, mi acercamiento hacia él fue una cuestión de interés personal. Francisco Javier era un gran lector de Oscar Wilde y de Henry Miller y tenía la colección más completa de literatura actual que alguien de nosotros pudiera presumir. Por aquellos días, por ejemplo, *el perfume* de Patrick Suskind llegó por fin a una de nuestras pocas librerías y Francisco Javier, a pesar de los precios inalcanzables para nuestros bolsillos, no dudo en adquirirlo.

Mi amistad con Francisco Javier, no solo me permitió acceder a sus libros; sino, debo reconocer, me proporcionó cierto prestigio en los círculos en los que frecuentábamos, sobre todo en la Universidad. Incluso, hubo un tiempo en que me convertí en un condenado seductor. Sin embargo, un día empecé a sospechar que las chicas que parecían estar interesadas en mí; en realidad, estaban interesadas en él. Una de ellas, cuando después de tanto ruego aceptó entrar en mi habitación, ya que mi madre se encontraba de viaje, lo primero que hizo fue preguntar si en verdad era amigo de Francisco Javier.

Otras resultaron un poco más desvergonzadas. En el fragor de nuestros jadeos y la fricción de nuestra piel desnuda, empezaban a pronunciar el nombre de Francisco Javier, incluyendo el apellido; mientras los alambres y los resortes del catre no cesaban de chirriar. No había nada más que decir, las chicas que acudían a mi habitación estaban más interesadas en saber cosas de él, sus hobbies, sus debilidades, etc. Para ellas, yo solo era el amigo de Francisco Javier.

Sin embargo, algunas percepciones fueron cambiando con el tiempo y, claro está que yo no podía ir respondiendo todos los detalles que para entonces, ya casi todos empezaban a sospechar. Pero, Francisco Javier no sólo era un tipo de rancio abolengo; sino, era también un homosexual reprimido, un maricón en potencia. Aunque, al inicio, se negaba a reconocer sus inclinaciones, bastaban unas copas de licor o unos vasos de cerveza para ponerlo al descubierto. En una ciudad que ponía en un plan de santidad a sus arzobispos, aquellas opciones eran consideradas desviaciones pecaminosas, por lo que era mejor mantenerlo en reserva; igual que las aficiones pervertidas de su padre, aunque esto ya era un secreto a voces.

A pesar de todos sus esfuerzos, cuando aún no habíamos concluido el primer año de estudios generales, Francisco Javier sintió que ya no podía dar más y tuvo la osadía o el atrevimiento de descubrirse y reconocer, ante algunos de sus mejores amigos, sus preferencias sexuales. Aquel acto confidencial, no tardó en convertirse en un reguero de pólvora.

Eran tiempos en que uno podía ser todo lo liberal que quisiera, podían tolerarse incluso que las hermanas fueran unas putas; pero, esta tolerancia no alcanzaba a la homosexualidad. No fue difícil adivinar las consecuencias de aquel acto de audacia y desprendimiento en los círculos pacatos y liberales de la Universidad. Empezaron a verlo de otra manera, a llamarlo de diversos modos: Paquita, Javiera o simplemente: cabro de mierda. Los que habían sido sus amigos, buscaron cualquier pretexto para alejarse definitivamente de él, como si sus gestos y ademanes fueron contagiosos. De un modo casi surrealista, de pronto, ya casi nadie quería hablar con él, ni en la Universidad, ni en las discotecas, ni en los lugares donde frecuentaba.

Esta demás decir que a partir de estos hechos, quizás desde antes, las chicas de la Facultad que antes estaban prestas a subirse al mítico vocho, perdieron repentinamente el interés que tenían en Francisco Javier y, por supuesto, también en mí. Francisco Javier no tardó en desaparecer.

En realidad, dejó de ser visto para siempre un poco después que su padre falleciera encima de la negra culona de su madrastra. El día en que murió su padre, los que aún sentíamos una pizca de amistad por Francisco Javier o un poco más, pensamos que su progenitor murió en su ley. No estuvimos tristes como se acostumbra en estos casos; sino, hasta nos sentimos aliviados. Al fin dejaría de soportar, sabe Dios, las humillaciones que le causaba aquel machista energúmeno que se había dejado llevar por las mujeres, usualmente por las más jóvenes. Pensamos también que detrás de aquella repentina muerte, había una gran fortuna. Su padre, a pesar de todo, todavía era propietario de algunas casonas antiguas por el centro, donde funcionaban algunos institutos y otras ferias.

Sin embargo, una madrugada recibí una llamada de Francisco Javier. El teléfono con discado mecánico que estaba encima de un pequeño mueble de la sala, empezó a sonar insistentemente. Por el tono de voz, por la ansiedad, resultaba fácil afirmar que se encontraba bajo los efectos de algún estupefaciente. En medio de cierta desolación y desconuelo, no tardó mucho en explicarme los pormenores y, en resumen, dijo que todas las casas de su padre estaban hipotecadas y a punto de ser rematadas.

- El Banco esta tras nosotros - dijo - estoy jodido.

Era verdad. Su padre había estado endeudado hasta el cuello y el dinero, que sospechábamos que podía tener, debía estar en manos de algunas de las mujeres jóvenes a las que el persiguió durante toda su vida incluyendo a su madrastra, una joven de piel trigueña y de nalgas exhuberantes. Pero, aquellas mujeres lo negaban en todos los idiomas; aunque, por la tierna edad de una de ellas, era conocida la escandalosa suma de dinero que tuvo que pagar, a cambio de no ingresar en el penal que no estaba lo suficientemente alejada de la ciudad.

No sé si por estas razones o por otras, más complicadas y más destructivas que solo él y su familia podían percibir, Francisco Javier dejó la Universidad. Alguno de sus parientes, incapaz de reconocer sus miserias, no tardó en justificar esta desaparición y, sin siquiera inmutarse, dijo que venía preparándose para estudiar en el extranjero. Pero, sin dinero y potencialmente excomulgado, era fácil advertir que lo que menos podía hacer era estudiar fuera del país. En realidad, empezó a buscar refugio en quién pudiera darle, en ese círculo de mariquitas que pululaban en una discoteca del centro y en el consumo de estupefacientes y, de a poco, fue desapareciendo por completo.

Más tarde, nos enteramos que su familia, sobre todo unos tíos solterones, hicieron todo lo posible para evitar el escándalo. Aprovecharon sus influencias y lo internaron en un hospital psiquiátrico para mantener el prestigio familiar. Nunca pudimos saber, si el internamiento tenía que ver con su incipiente adicción a los estupefacientes o con su declarada homosexualidad; pero, cuando terminó el tratamiento, al parecer Francisco Javier no había sido curado de ninguna de sus adicciones.

Entonces, Francisco Javier empezó a desaparecer por completo. Su historia terminó por diluirse sutilmente, a completarse con retazos y habladurías. Algunas de sus tías, por ejemplo, aún están convencidas que, después de vender su vocho, llegó a juntar el dinero suficiente para viajar hacia Norteamérica para continuar con sus estudios. Solo sus parientes pueden afirmar esta versión. Las malas lenguas, aquellas voces perniciosas y realistas de sus antiguos compañeros de universidad, por el contrario, empezaban a insinuar que estaba infectado de un extraño virus que afecta el sistema inmunológico, muerto quizás, en una de esas ciudades tropicales del Brasil.

Sea como fuere, hasta ahora no he recibido ninguna postal de Francisco Javier, aunque este detalle ya no tiene ninguna importancia.

*Fin*